

**ENSEÑANZAS
ARCAICAS DE
LOS PURÂNAS
Y DEL GÉNESIS.
EVOLUCIÓN FÍSICA**

La escritora no dará nunca demasiadas pruebas de que el sistema de Cosmogonía y Antropogonía, antes descrito, existió realmente; que sus anales se conservan, y que se encuentra reflejado hasta en las versiones modernas de las antiguas escrituras.

Los Purânas, de una parte, y las escrituras judías, de otra, están basados en el mismo esquema de evolución; si se leyeran esotéricamente y se expresaran en el lenguaje moderno, encontraría que eran tan científicos como lo que ahora pasa corrientemente como la última palabra de los descubrimientos recientes. La única diferencia entre los dos esquemas es que los Purânas, concediendo tanta atención o quizás más a las causas que a los efectos, aluden a los períodos precósmicos y pregenésicos más bien que a los de la llamada “creación”; al paso que la Biblia, después de decir solo unas cuantas palabras sobre el primer período, se sumerge inmediatamente en el génesis material, y mientras que casi pasa por alto las razas preadámicas, prosigue con sus alegorías concernientes a la quinta raza.

Ahora bien; cualquiera que sea el destrozo hecho en el “orden de la creación”, en el *Génesis* –y la relación de la letra muerta se presta en verdad admirablemente a la crítica–, los *Purânas* indos, a pesar

de sus exageraciones alegóricas, se verá que están completamente de acuerdo con la ciencia física¹.

Aun aquello que aparenta ser una alegoría perfectamente disparatada de Brahmâ, tomando la forma de un Verraco para sacar a la tierra de debajo de las aguas, tiene su explicación perfectamente científica en los comentarios secretos, relacionándose con los muchos levantamientos y hundimientos, la alternativa constante de agua y tierra desde los primeros hasta los últimos períodos geológicos de nuestro globo; pues la ciencia nos enseña ahora que las nueve décimas partes de las formaciones estratificadas de la corteza terrestre han sido construidas gradualmente bajo las aguas, en el fondo de los mares. Se atribuye a los antiguos arios una ignorancia completa de la historia natural, la geología, etc. Por otra parte, proclámase, hasta por su crítico más severo (adversario sin prejuicios de la *Biblia*), que los judíos tienen el mérito de haber concebido la idea del monoteísmo con anterioridad, y “haberla retenido más firmemente que cualquiera de las demás religiones menos filosóficas y más inmorales del antiguo mundo”². Solo que, al paso que en el

1 El desgraciado intento de Mr. Gladstone para reconciliar la relación genésica con la ciencia (véase su “Aurora de la Creación” y el “Proemio al Génesis” en *The Nineteenth Century*, 1886) ha atraído sobre él el rayo Joviano lanzado por Mr. Huxley. La relación de la letra muerta no garantiza semejante intentona; y su cuádruple orden, o división, de la creación animada, se ha convertido en una piedra que, en lugar de matar la mosca en la frente del amigo dormido, mata al hombre mismo. Mr. Gladstone ha matado al *Génesis* para siempre. Pero esto no prueba que no haya esoterismo en él. El hecho de que los judíos y todos los cristianos, las sectas modernas lo mismo que las antiguas, hayan aceptado literalmente la narración durante dos mil años, solo prueba su ignorancia, y muestra la gran ingenuidad y habilidad constructora de los Rabinos Iniciados, que fabricaron los dos relatos –el de Elohim y el de Jehovah– esotéricamente, y con toda intención confundieron el sentido por medio de enigmas sin vocales o signos de palabra en el texto original. Los seis días (Yom) de la creación significan, en efecto, seis períodos de evolución, y el séptimo día es el de culminación, de perfección, no de reposo. Esto se refiere a las siete Rondas y a las siete razas con una “creación” distinta en cada una; aun cuando el empleo de la palabra *boker*, “aurora” o “mañana”, y *ereb*, “crepúsculo vespertino”, que esotéricamente tiene el mismo significado que *sandhyâ*, “crepúsculo”, en sánscrito, haya ocasionado la acusación de la ignorancia más crasa del orden de la evolución.

2 *Modern Science and Modern Thought*, pág. 337.

esoterismo bíblico vemos simbolizados misterios fisiológicos sexuales y muy poco más, cosa para la cual muy poca verdadera filosofía se necesita, en los Purânas puede verse la “aurora de la creación” más científica y filosófica, y, si fuese analizado imparcialmente, y se tradujesen al lenguaje corriente sus alegorías, semejantes a cuentos de hadas, demostrarían que la zoología, geología, astronomía y casi todos los ramos del saber moderno, han sido anticipados por la ciencia antigua, y eran conocidos de los antiguos filósofos en sus líneas generales, si no tan en detalle como ahora.

A pesar de sus ocultaciones y confusiones, con objeto de despreciar al profano, ha sido demostrado hasta por el mismo Bentley, que la astronomía puránica es una verdadera ciencia; y los que están versados en los misterios de los tratados astronómicos indos pueden probar que las teorías modernas de la condensación progresiva de las nebulosas, estrellas y soles nebulares, con los detalles más minuciosos acerca del progreso cíclico de las constelaciones para fines cronológicos y otros –muchos más exactos que los que los europeos poseen aun hoy–, eran conocidas en la India a la perfección.

Si nos volvemos hacia la geología y zoología, encontramos lo mismo. ¿Qué son todos los mitos y genealogías sin fin de los siete Prajâpatis, de sus hijos, los siete Rishis o Manus, y sus esposas, hijas y progenie, sino una vasta y detallada relación del desarrollo y evolución progresivos de la creación animal, una especie tras otra? ¿Eran los altamente filosóficos y metafísicos arios –autores del sistema filosófico más perfecto de psicología trascendental, de códigos de ética, de una gramática como la de Pânini, de los sistemas Sârikhya y Vedânta, de un código moral (el Buddhismo), proclamado el más perfecto de la tierra por Max Müller–; eran los arios tan imbéciles, o infantiles, para perder el tiempo en escribir “cuentos de hadas” tales como los Purânas parecen ser ahora a los ojos de aquellos que no tienen la más remota idea de su significado secreto? ¿Qué es la “fábula” de la genealogía y origen de Kashyapa con sus doce esposas, de las cuales tuvo una progenie numerosa y

diversa de serpientes (Nâgas), reptiles, pájaros y toda clase de cosas vivas, que fue así el “padre” de todas las especies de animales, sino los anales velados del orden de la evolución en esta ronda? Hasta ahora no hemos visto que ningún orientalista tenga la más remota idea de las verdades ocultas bajo las alegorías y personificaciones. El Shatapatha Brâhmana –dice uno– da “una relación no muy inteligible” del origen de Kashyapa.

Según el Mahâbhârata, el Râmâyana y los Purânas, era hijo de Mârichi, el hijo de Brahmâ, el padre de Vivasvat, el padre de Manu, el progenitor de la humanidad.

Según el Shatapatha Brahmâna: Habiendo Prajâpati asumido la forma de una tortuga, creó descendencia. Lo que creó lo hizo (akarot); de aquí la palabra kûrma (tortuga). Kashyapa significa tortuga; por esto se dice: “Todas las criaturas son descendientes de Kashyapa”³.

Él era todo esto; era también el padre del ave Garuda, “el rey de la tribu con plumas” que desciende de los reptiles, los Nâgas, y pertenecen al mismo tronco que ellos, y que subsiguientemente se convirtió en su mortal enemigo; así como también es un ciclo, un período, cuando, en el curso de la evolución, las aves que se desarrollaron de los reptiles en su “lucha por la vida”, y “supervivencia del más apto”, etc., se volvieron contra aquellos de quienes procedían para devorarlos, impulsados quizás por la ley natural, a fin de hacer lugar para otras especies más perfectas.

En el admirable epítome *Modern Science and Modern Thought* se da a Mr. Gladstone una lección de historia natural, demostrando el completo desacuerdo de la *Biblia*, con ella. El autor hace notar que la geología sigue la pista a la “aurora de la creación”, siguiendo una línea de investigación científica:

3 *Hindu Clarsical Dictionary*, de Dowson, *sub voce*.

Empezando por el fósil primeramente conocido, el *Eozoon* canadiense del período laurenciano, y continuando por una cadena, cada uno de cuyos eslabones está firmemente engarzado a través del Silúrico, con su abundancia de moluscos, crustáceos, vida vermiforme y primeras indicaciones de peces; el Devónico, predominante en peces, y primera aparición de reptiles; el Mesozoico con sus batracios; la formación Secundaria, en que preponderaban los reptiles del mar, de la tierra y del aire, y en que principiaron a aparecer las primeras humildes formas de animales vertebrados terrestres; y, finalmente, la Terciaria, en que la vida mamífera abunda; tipo sucediendo a tipo, y especie a especies, son gradualmente diferenciados y especializados a través de los períodos Eoceno, Mioceno y Plioceno, hasta que llegamos a los períodos prehistóricos y glaciales, y a una prueba positiva de la existencia del hombre⁴.

El mismo orden, con más la descripción de animales desconocidos para la ciencia moderna, se encuentra en los comentarios de los Purânas en general, y en *el Libro de Dzyan* en particular. La única diferencia, grave sin duda, puesto que implica una naturaleza espiritual y divina en el hombre, independiente de su cuerpo físico en este mundo ilusorio, en donde la falsa personalidad y su base, cerebral solo las conoce la psicología ortodoxa, es la siguiente. Habiendo estado en todas las llamadas siete creaciones, representadas alegóricamente por los siete cambios evolutivos, o subrazas, como pudiéramos llamarlas, de la primera raza-raíz de la Humanidad, el hombre ha estado en la tierra en esta ronda, desde el principio. Después de haber pasado por todos los reinos de la naturaleza en las tres rondas anteriores⁵, su constitución física, una

4 *Ob. cit.*, pág. 335.

5 "Seguid la ley de analogía" –enseñan los Maestros– Âtmâ–Buddhi es doble, y Manas es triple, por cuanto el primero tiene dos aspectos y el segundo tres; esto es, como un "principio" *per se* que gravita, en su aspecto superior, hacia Âtmâ–Buddhi, y sigue en su naturaleza inferior, a Kâma, el asiento de las pasiones y deseos

vez adaptada a las condiciones termales de aquellas épocas primitivas, se halló pronta para recibir al divino peregrino en el primer amanecer de la vida humana, o sea hace 18 000 000 de años. Solamente, en el punto medio de la tercera raza-raíz, fue el hombre dotado de Manas. Una vez unidos los dos y luego los tres, hicieron uno; pues aun cuando los animales inferiores, desde la amœba al hombre, recibieron sus Mónadas, en las cuales todas las cualidades superiores son potenciales, tienen estas cualidades que permanecer latentes, hasta que el animal alcanza su forma humana, antes de cuya etapa, Manas (la mente) no se desarrolla en ellos. En los animales, todos los principios están paralizados y en un estado parecido al del feto, exceptuando el segundo, el Vital; el tercero, el Astral, y los rudimentos del cuarto, Kâma, que es el deseo, instinto, cuya intensidad y desarrollo varían con las especies. Para el materialista apegado a la teoría darwinista, esto parecerá como un cuento de hadas, una mixtificación; para el creyente en el hombre interno, espiritual, nuestra afirmación no tendrá nada que no sea natural.

Según dice el comentario IX:

Los hombres son completados solamente durante su tercer ciclo, próximo al cuarto, o cuarta [raza]. Son hechos “Dioses” para el bien y para el mal, y responsables, solamente cuando los dos arcos se encuentran [después de tres y media rondas, hacia la quinta raza]. Son hechos así ^ Por los Nirmânakâya [restos espirituales o astrales] de los Rudra-Kumâras, “condenados a renacer en la tierra”

animales y terrestres. Compárese ahora la evolución de las razas, la primera y la segunda que son de la naturaleza de Âtmá-Buddhi, del cual son la progenie pasiva espiritual, al paso que la tercera raza-raíz muestra tres divisiones o aspectos distintos fisiológica y físicamente; el primero sin pecado, la porción media despertándose a la inteligencia, y el tercero y último decididamente animal, esto es, Manas sucumbe a las tentaciones de Kâma.

[significando, condenados en su turno natural a la reencarnación en el arco ascendente superior del ciclo terrestre].

Ahora bien; es seguro que la escritora se encontrará con lo que se llamarán objeciones insuperables. Se nos dirá que la línea embriológica, el desarrollo gradual de cada vida individual, y el progreso que se sabe tiene lugar en el orden de los estados progresivos de especialización –que todo esto se opone a la idea de preceder el hombre a los mamíferos–. El hombre principia como la más primitiva y humilde de las criaturas vermiformes:

Desde la mácula primitiva de protoplasma, y la célula nucleada, en que toda vida se origina... y se desarrolla a través de estados indistinguibles de los de pez, reptil y mamífero, hasta que la célula llega finalmente al elevado desarrollo particularizado del cuadrumano, y por último, al del tipo humano⁶.

Esto es perfectamente científico, y nada tenemos que decir en contra; pues todo ello se relaciona con el cascarón del hombre, su cuerpo, que en su desarrollo está, por supuesto, sujeto, como toda otra de las que se llamaron un día unidades morfológicas, a tales metamorfosis. No serán los que enseñan la transformación del átomo mineral por medio de la cristalización –que es la misma facultad, y tiene igual relación con su llamado Upâdhi inorgánico o base, que la formación de las células con su núcleo orgánico, a través de la planta, del insecto y del animal, hasta el hombre–; no serán ellos los que rechazarán esta teoría puesto que ella conducirá, finalmente, al reconocimiento de una Deidad universal en la

⁶ Laing, *ob, cit.*, pág. 335.

naturaleza, siempre presente, siempre invisible e incognoscible, y de Dioses intracósmicos que en su día fueron todos hombres⁷.

Pero pudiéramos preguntar: ¿qué es lo que la ciencia y sus descubrimientos exactos, ahora teorías axiomáticas, prueban contra nuestra teoría oculta? Los que creen en la ley de la evolución y en el desarrollo gradual y progresivo desde una célula –que de célula vital llegó a ser morfológica, hasta que finalmente se despertó como protoplasma puro y simple–, no pueden, seguramente, limitar jamás su creencia a una sola línea de evolución. Los tipos de la vida son innumerables; y el progreso de la evolución, por otra parte, no va al mismo compás en toda clase de especies. La constitución de la materia primordial en el período silúrico (nos referimos a la materia “primordial” de la ciencia) era la misma en todas sus particularidades esenciales, excepto en su grado de tosquedad presente, como materia primordial viviente de hoy. Ni tampoco vemos lo que debiera verse si la actual ortodoxa teoría de la evolución fuera completamente exacta, a saber: un progreso constante transcurriendo siempre en todas las especies de seres. En lugar de esto, ¿qué es lo que vemos? Al paso que los grupos intermedios de seres animales tienden todos hacia un tipo superior, y mientras las especializaciones, ahora de un tipo y después de otro, se desarrollan a través de las edades geológicas, cambian las formas, asumen nuevas apariencias, aparecen y desaparecen con rapidez calidoscópica, en las descripciones de los paleontólogos, de un período a otro, y las dos solitarias excepciones a la regla general son las que se hallan en los polos opuestos de la vida y de los tipos, a saber: el hombre y los géneros inferiores de seres.

7 Toda la dificultad es esta: ni los fisiólogos ni los patólogos quieren reconocer que la sustancia de la célula germinadora, el citoblastema, y las aguas madres de las que se originan los cristales, son una y la misma esencia, salvo en la diferenciación para ciertos fines.

Ciertas formas bien marcadas de seres vivos han existido a través de extensísimas épocas, sobreviviendo no solo a los cambios de las condiciones físicas, sino persistiendo relativamente inalteradas, mientras que otras formas de vida han aparecido y desaparecido. Semejantes formas pueden llamarse “tipos persistentes” de la vida; y ejemplos de ellas abundan bastante, tanto en el mundo animal como en el vegetal⁸.

Sin embargo, no se nos da ninguna buena razón de por qué Darwin enlaza los reptiles, aves, anfibios, peces, moluscos, etc., como retoños de una misma ascendencia monérica. Ni se nos dice tampoco si los reptiles, por ejemplo, son descendientes directos de los anfibios, estos de los peces y los peces de formas inferiores, lo cual son seguramente. Porque las Mónadas han pasado por todas estas formas del ser hasta llegar al hombre, sobre cada globo, en las tres rondas precedentes, habiendo sido cada ronda, así como cada globo subsiguiente, desde A a G, y teniendo todavía que ser, el teatro de la misma evolución, pero repetida cada vez en una base más material. Por tanto, la pregunta: “¿Qué relación hay entre los prototipos astrales de la tercera ronda y el desarrollo físico ordinario en el curso de la formación de las especies orgánicas premamíferas?”, puede contestarse fácilmente. Lo uno es prototipo diseñado del otro, bosquejo preliminar apenas definido en el lienzo, de objetos destinados a recibir su última y vívida forma bajo el pincel del pintor. El pez se hizo anfibio –una rana– en sombras de pantanos, y el hombre pasó por todas sus metamorfosis en este globo en la tercera ronda, como lo hizo en esta, su Cuarto Cielo. Los tipos de la tercera ronda contribuyeron a la formación de los tipos en la ronda presente. Por estricta analogía, el ciclo de siete rondas en la obra de la formación gradual del hombre a través de todos los reinos de la naturaleza, se repite en escala microscópica en los primeros siete

8 Huxley, *Proceeding of the Royal Institution*, III, pág. 151.

meses de la gestación de un futuro ser humano. Que el estudiante piense sobre esto y trabaje sobre la analogía. Así como el niño de siete meses no nacido, aunque del todo completo, necesita, sin embargo, dos meses más para adquirir fuerza y consolidarse; así el hombre, después de completar su evolución durante siete rondas, permanece dos períodos más en la matriz de la Madre Naturaleza antes de nacer, o más bien renacer como Dhyâni, aún más perfecto de lo que era antes de lanzarse como Mónada en la Cadena de Mundos nuevamente construida. Que el estudiante reflexione sobre este misterio, y entonces se convencerá fácilmente de que, así como hay eslabones físicos entre muchas clases, asimismo hay dominios determinados en donde la evolución astral se sumerge en la física. De esto no dice la ciencia una palabra. El hombre se ha desarrollado con y del mono, dice. Pero ahora véase la contradicción.

Huxley procede a señalar plantas, helechos, musgos, algunos de ellos genéricamente idénticos a los que ahora viven, que se encuentran en la época carbonífera, pues:

El cono de la Araucaria oolítica se distingue apenas del de las especies existentes... Algunos subreinos de animales proporcionan los mismos ejemplos. Los globigerinos de los sondeos del Atlántico son idénticos a las especies cretáceas del mismo género... los corales lisos del período siluriano se parecen maravillosamente a los miléporos de nuestros propios mares. Los arácnidos, cuyo grupo superior, los escorpiones, está representado en el carbón por un género que difiere de sus congéneres vivos solo en... los ojos (etc).

Todo lo cual puede terminarse con la declaración autorizada del Dr. Carpenter acerca de los foraminíferos:

No hay prueba de ninguna modificación fundamental o avance en el tipo foraminífero desde los períodos paleozoicos a nuestros tiempos... la fauna foraminífera de nuestras propias series presenta

probablemente un campo de variedad mayor que el que ha existido en ninguna época anterior; pero no hay indicación de tendencia alguna a elevarse a un tipo más alto⁹.

Ahora bien; así como en los foraminíferos (protozoarios del tipo más inferior de la vida, sin boca ni ojos) no hay indicación de cambio exceptuando su mayor variedad presente; así también el hombre, que se halla en el peldaño más elevado de la escala del ser, indica aún menos cambio, como hemos visto; pues el esqueleto de su antecesor paleolítico se ha visto que es hasta superior, desde cierto punto de vista, a su constitución presente. ¿Dónde está, pues, la uniformidad de la ley que se pretende; la regla absoluta de unas especies convirtiéndose en otras, y así, por gradación insensible, en tipos superiores? Vemos que *sir* William Thomson admite hasta 400 000 000 de años desde el tiempo en que el globo se enfrió lo suficiente para permitir la presencia de cosas vivas¹⁰; y durante este enorme transcurso de tiempo, solo en el período oolítico, la llamada “Edad de los Reptiles”, encontramos una variedad y abundancia de las más extraordinarias, de formas saurias, alcanzando el tipo anfibio su más elevado desarrollo. Nos hablan de ictiosauros y plesiosauros en los lagos y ríos, y de cocodrilos o lagartos alados volando por el aire. Después de lo cual en el período terciario:

Vemos que el tipo mamífero exhibe notables divergencias de las formas que existían previamente... los mastodontes, megaterios y otros pesados habitantes de los antiguos bosques y llanuras.

Y luego se nos notifica:

⁹ *Introduction to the Study of the Foraminifera*, pág. XI.

¹⁰ *Transactions of the Geological Society of Glasgow*, vol. III. Es muy extraño, sin embargo, que haya cambiado de opinión recientemente. El Sol, dice, tiene solo 15 000 000 de años.

La transformación gradual de una de las ramificaciones del orden de los cuadrumanos, en aquellos seres de los cuales el hombre primitivo, mismo puede pretender la descendencia¹¹.

Puede; pero nadie, exceptuando el materialista, sabe por qué ha de hacerlo; pues no hay la menor necesidad de ello, ni semejante evolución está garantizada por los hechos; puesto que los más interesados en probarlo confiesan su completo fracaso al tratar de encontrar un solo hecho que sostenga su teoría. No hay necesidad de que los innumerables tipos de la vida representen los miembros de una serie progresiva. Son ellos los productos de varias y diferentes divergencias de la evolución, que tienen lugar ahora en una dirección y luego en otra. Por tanto, es mucho más justificable decir que el mono evolucionó hacia el orden de los cuadrumanos, que no que el hombre primitivo –que ha permanecido estacionario en su especialización humana, desde el primer esqueleto fósil encontrado en los estratos más antiguos, y a el que no se encuentra variedad alguna salvo en el color y tipo facial– descienda de un antecesor común, juntamente con el mono.

Que el hombre tiene su origen, lo mismo que otros animales, en una célula, y se desarrolla “a través de estados indistinguibles de los del pez, del reptil y del mamífero, hasta que la célula llega al desarrollo altamente particularizado del cuadrumano, y por último, al tipo humano”, es un axioma oculto de hace miles de años. El axioma cabalístico: “La piedra se convierte en planta; la planta en animal; el animal en hombre; el hombre en Dios”, se sostiene firme a través de las edades. Hæckel, en su *Schöpfungsgeschichte*, publica un doble dibujo representando dos embriones: el de un perro de seis semanas y el de un hombre de ocho. Los dos, exceptuando una ligera diferencia en la cabeza, la cual es más larga y ancha en el del hombre, son indistinguibles.

11 Bastian, *The Beginnings of Life*, II, pág. 622.

En efecto: podemos decir que todo ser humano pasa por el estado de pez y de reptil, antes de llegar al de mamífero, y finalmente al de hombre.

Si lo examinamos en un estado más avanzado, cuando el embrión ha pasado ya de la forma de reptil, vemos que, durante un tiempo considerable, la línea de desarrollo permanece la misma que la de otros mamíferos. Los miembros rudimentarios son exactamente iguales; los cinco dedos de manos y pies se desarrollan del mismo modo, y el parecido, después de las cuatro primeras semanas, entre el embrión de un hombre y el de un perro, es tal, que es casi imposible distinguirlos. Hasta la edad de ocho semanas el hombre en embrión es un animal con cola, apenas distinguible del cachorro en embrión¹².

¿Por qué, pues, no deducir que el hombre y el perro provienen de su antecesor común, o de un reptil –un Nâga–, en lugar de aparejar al hombre con el cuadrumano? Esto sería tan lógico como lo primero, si no más. La forma y las etapas del embrión humano no han cambiado desde los tiempos históricos, y estas metamorfosis eran conocidas de Esculapio y de Hipócrates, lo mismo que de Mr. Huxley. Por tanto, desde el momento que los cabalistas lo habían observado desde los tiempos prehistóricos, ya no es un nuevo descubrimiento¹³.

Como el embrión del hombre no tiene más del mono que de otro mamífero cualquiera, sino que contiene en sí la totalidad de los reinos de la naturaleza, y puesto que parece ser “un tipo persistente” de la vida, aun mucho más caracterizado que los mismos foraminíferos, parece tan ilógico hacerle proceder del mono como sería trazar su origen de la rana o del perro. Tanto la filosofía oculta como la oriental creen en la evolución, la cual presentan Manu y

12 Laing, *Modern Science and Modern Thought*, pág. 171.

13 En *Isis sin velo*, vol. I, pág. 389, se observa esto y se explica en parte.

Kapila¹⁴ con mucha más claridad que lo hace en el presente ningún hombre de ciencia. No es necesario repetir aquí lo que ha sido ampliamente discutido en *Isis sin velo*, puesto que el lector puede ver todos estos argumentos y la descripción de las bases en que se apoyan todas las doctrinas orientales de la evolución, en nuestros primeros volúmenes¹⁵ Pero ningún ocultista puede aceptar la proposición, nada razonable, de que todas las formas ahora existentes, “desde la amœba informe hasta el hombre”, son descendientes en línea directa de organismos que vivieron millones y millones de años antes del nacimiento del hombre, en los períodos presilurianos, en el mar y en la tierra fangosa. Los ocultistas creen en una ley inherente de desarrollo progresivo¹⁶. Mr. Darwin jamás creyó en ella, y así lo dice: pues vemos que declara que, puesto que no puede haber ventajas “para el animáculo infusorio o para el gusano intestinal... en llegar a estar altamente organizados”, por eso “la selección natural”, que no incluye necesariamente el desarrollo progresivo, deja quietos al animáculo y al gusano, tipos persistentes¹⁷.

No aparece una ley muy uniforme en tal conducta de la naturaleza, pues parece más bien la acción discernidora de alguna selección suprafísica; quizás ese aspecto del karma que los ocultistas orientales llamarían la “Ley de Retardación” tenga algo que ver en esto.

14 De aquí la filosofía de la Alegoría de los 7, 10, y finalmente 21, Prajâpatis, Rishis, Munis, etc., todos los cuales son hechos “padres” de varios seres y cosas. El orden de las siete clases, u órdenes de plantas, de animales y hasta de cosas inanimadas, presentadas al azar en los *Purânas*, se encuentra en varios comentarios en el turno debido. Así, Prithu es el padre de la Tierra. Él la “ordeña”, y la hace llevar toda clase de granos y vegetales, todos enumerados y especificados. Kâshyapa es el “padre” de todos los reptiles, serpientes, demonios, etc.

15 Véase vol I, pág. 151 y sig., concernientes al “Árbol de la evolución” y el “Árbol del mundo”.

16 Contenida y modificada, sin embargo, por la Ley de Retardación, que impone una restricción en el avance de todas las especies, cuando aparece un tipo superior.

17 Véase *Origin of Species*, pág. 145.

Pero todo hace dudar de que el mismo *Mr. Darwin* diera a su ley una importancia tal como la que le dan ahora sus partidarios ateos. El conocimiento de las diversas formas vivas de los períodos geológicos que han pasado, es muy pobre. Las razones que el Dr. Bastian ha dado para ello, son muy sugestivas.

Primero, a causa del modo imperfecto con que las diversas formas pueden estar representadas en las capas pertenecientes al período; segundo, por la naturaleza extremadamente limitada de las exploraciones que se han hecho en estos estratos de representación imperfecta; y, tercero, por ser tantas las partes de los anales que nos son inaccesibles; casi todos los del sistema siluriano habiendo sido borrados por el tiempo, mientras que los dos tercios de la superficie de la Tierra en que se encuentran las capas restantes están ahora cubiertos por los mares. Por esto dice *Mr. Darwin*:

Por mi parte, siguiendo la metáfora de Lyell, miro los anales geológicos como una historia del mundo imperfectamente conservada, y escrita en un dialecto cambiante; de esta historia solo poseemos el último volumen, que se refiere únicamente a dos o tres países. De este volumen, solo aquí y allá se ha conservado algún corto capítulo, y de cada página solo unas cuantas líneas, aquí y acullá¹⁸.

Ciertamente que, con tan pobres datos, no puede decir la ciencia su última palabra. Ni tampoco es a causa de ninguna clase de orgullo humano, ni por ninguna creencia fuera de razón, de que el hombre represente hasta aquí, en la tierra –en nuestra época quizás–, el tipo más elevado de la vida, que el ocultismo niega que todas las formas precedentes de la vida humana perteneciesen a tipos inferiores al nuestro; pues no es así. Lo hace simplemente porque “el eslabón perdido”, que probaría de modo innegable la teoría actual,

18 Bastian, *Beginnings of Life*, II, págs. 622 y 623.

no será encontrado jamás por los paleontólogos. Creyendo, como creemos, que el hombre en las rondas anteriores ha hecho su evolución desde las formas más inferiores de todas las vidas, vegetal y animal, en la tierra, y ha pasado por ellas, no hay nada degradante en la idea de tener al orangután como antecesor de nuestra forma física. Todo lo contrario; toda vez que apoyaría de modo irresistible la Doctrina Oculta respecto de la evolución final (hasta convertirse en hombre) de todo lo existente en la naturaleza terrestre. Podría hasta preguntarse cómo es que los biólogos y antropólogos, una vez que han aceptado firmemente la teoría de la descendencia del hombre del mono, ¿cómo es, repetimos, que han dejado hasta ahora sin tocar la futura evolución de los monos existentes en hombres? Esta no es más que la consecuencia lógica de la primera teoría, a menos que la ciencia quiera hacer del hombre un ser privilegiado, y su evolución un sin-precedente en la naturaleza, un caso enteramente especial y único. Y a esto es adónde va a parar la ciencia física con sus teorías. Sin embargo, la razón por la cual los ocultistas rechazan la teoría darwiniana, y especialmente la hækeliana, es porque el mono, dicho sea, con verdad, y no el hombre, es un ejemplo especial y único. El pitecoide es una creación accidental, un desarrollo forzado, el resultado de un proceso no natural.

La Doctrina Oculta es, según creemos, más lógica. Enseña una ley natural cíclica siempre invariable sin “designio especial” personal alguno, sino obrando sobre un plan uniforme, que prevalece durante todo el período manvantárico, y que trata a la lombriz de tierra como trata al hombre. Ni el uno ni el otro han procurado venir a la existencia, y por tanto, ambos se encuentran bajo la misma ley de evolución, y ambos tienen que progresar con arreglo a la ley kármica. Los dos han partido del mismo centro neutral de vida, y ambos tienen que volver de nuevo a él a la consumación del ciclo.

No se niega que en la ronda precedente fuese el hombre una criatura gigantesca, semejante al mono; y cuando decimos “hombre”,

debiéramos quizás decir el grosero molde que se estaba desarrollando para el uso del hombre en esta ronda solamente, el punto medio, o de transición, que apenas hemos llegado a alcanzar. Ni tampoco era el hombre, durante las primeras dos y media razas-raíces, lo que es ahora. Este punto lo alcanzó, según ya se ha dicho, hace solo 18 000 000 de años, durante el periodo secundario, según pretendemos.

Hasta entonces era, según la tradición y la enseñanza oculta, “un Dios sobre la tierra que había caído en la materia”, o generación. Esto puede ser o no aceptado, puesto que la Doctrina Secreta no se impone como un dogma infalible; y porque, ya se acepten o rechacen sus anales prehistóricos, ello nada tiene que ver con la cuestión del hombre actual y su naturaleza interna; pues la Caída antes mencionada no ha dejado ningún “pecado original” en la humanidad. Pero todo esto ha sido ya suficientemente tratado.

Por otra parte, se nos enseña que las transformaciones a través de las cuales pasó el hombre en el arco descendente –que es centrífugo para el espíritu y centrípeto para la materia– y aquellas que se está preparando a atravesar en lo sucesivo, en su camino ascendente, que invertirá la dirección de las dos fuerzas, esto es, la materia se convertirá en centrífuga y el espíritu en centrípeto, que todas estas transformaciones se encuentran también en perspectiva en un tiempo próximo para los monos antropoides; para todos aquellos, por lo menos, que han alcanzado el grado próximo al del hombre en esta ronda, pues estos serán todos hombres en la quinta ronda, del mismo modo que el hombre presente habitó las formas semejantes a las del mono en la ronda tercera, la anterior.

Ved, pues, en los modernos habitantes de los grandes bosques de Sumatra, los ejemplares empequeñecidos y degradados, “las copias borrosas”, como dice Mr. Huxley, de nosotros mismos: cómo éramos nosotros (la mayoría de la humanidad) en las primeras subrazas de la cuarta raza-raíz, durante el período de lo que ahora se llama la “caída en la generación”. el mono que conocemos no es producto

de la evolución natural, sino un accidente, un cruzamiento entre un ser, o forma, animal y el hombre. Como ya se ha indicado en este volumen, el animal mudo fue el primero en principiar la conexión sexual, porque fue el primero en separarse en macho y hembra. Tampoco estaba en el plan de la naturaleza que el hombre siguiese este ejemplo bestial, como lo muestra hoy la procreación relativamente sin dolor de las especies animales, y el terrible sufrimiento y peligro de la mujer en aquella. El mono es, verdaderamente, como se observó en *Isis sin velo*:

... una transformación de las especies más directamente relacionadas con la familia humana, una rama bastarda, injertada en su propio tronco antes de alcanzar esta la final perfección¹⁹.

Los monos aparecieron millones de años después que el ser humano parlante, y son los últimos contemporáneos de nuestra quinta raza. Así, pues, es muy importante tener presente que los egos de los monos son entidades obligadas por su karma a encarnar en formas animales, que son el resultado de la bestialidad de los últimos hombres de la tercera raza y de los primeros de la cuarta. Son entidades que habían ya alcanzado el “grado humano” antes de esta ronda. Por lo tanto, son ellos una excepción de la regla general. Las innumerables tradiciones sobre los sátiros no son fábulas, sino que representan una raza extinguida de hombres–animales. Las “Evas” animales fueron sus antecesores, y los “Adanes” humanos sus antepasados; de aquí la alegoría cabalística de Lilith o Lilatu, la primera esposa de Adán, a quien el Talmud describe como una mujer “encantadora”, “con pelo largo y ondulado”, esto es, una hembra animal peluda de una forma ahora desconocida, pero, sin embargo, una hembra animal, que en las alegorías cabalistas y talmúdicas es llamada la reflexión femenina de Samael, Samael–Lilith, el

¹⁹ Vol. II, pág. 278, ed. inglesa.

hombre-animal unido, un ser llamado en el *Zohar*, *Hayo Bischat*, la bestia o mala bestia. De esta unión antinatural descendieron los monos actuales. Estos son verdaderamente “hombres mudos”, y se convertirán en animales parlantes, u hombres de un orden inferior, en la quinta ronda, mientras los adeptos de cierta escuela esperan que algunos de los “egos” de los monos más inteligentes se volverán a manifestar al final de la sexta raza-raíz. Lo que será su forma es de importancia secundaria. la forma no significa nada. Los géneros y especies de la flora, fauna y del animal superior, su coronación, el hombre, cambian y varían con arreglo al medio ambiente y a las variaciones del clima, no solo con cada ronda, sino también con cada raza-raíz, así como después de cada cataclismo geológico que pone fin a estas o que produce en ellas un punto de vuelta. En la sexta raza-raíz, los fósiles del orangután, del gorila y del chimpancé serán los de mamíferos cuadrumanos extinguidos; y nuevas formas, aunque en menor número y siempre más separadas, a medida que pasan las edades y se aproxima el fin del Manvantara, se desarrollarán de los tipos “desechados” de las razas humanas, al retornar ellas a la vida astral, saliendo del lodo de la vida física. Antes del hombre no hubo monos, y estos se extinguirán antes de que se desarrolle la séptima raza. Karma conducirá adelante las Mónadas de los hombres no progresados de nuestra especie, y las alojará en las formas nuevamente desarrolladas del cinocéfalo, así regenerado fisiológicamente.

Esto tendrá lugar, por supuesto, dentro de millones de años. Pero el cuadro de esta precesión cíclica de todo lo que vive y respira ahora sobre la tierra, de cada especie en su turno, es verdadero, y no necesita “creación especial” o formación milagrosa del hombre, de la bestia y de la planta exnihilo.

He aquí cómo la ciencia oculta explica la ausencia de todo eslabón entre el mono y el hombre, y muestra al primero desarrollándose del último.

UNA VISTA PANORÁMICA DE LAS PRIMERAS RAZAS

Hay un período de unos cuantos millones de años que cubrir entre la primera raza “sin mente” y los últimos Lémures, altamente inteligentes e intelectuales; hay otro entre la primera civilización de los Atlantes y el período histórico.

Como testigos de los Lémures, solo quedan unos cuantos anales silenciosos en forma de media docena de colosos rotos y de antiguas ruinas ciclópeas. A estas no se les presta atención por ser “producto de fuerzas naturales ciegas”, según algunos aseguran; o “enteramente modernas”, según otros. La tradición se pasa por alto, con desdén, por el escéptico y el materialista, mientras que los hombres de Iglesia, demasiado celosos, la hacen en todos los casos servidora de la *Biblia*. Sin embargo, en cuanto una leyenda se niega a armonizarse con la teoría del diluvio de Noé, es declarada por el clero cristiano “voz delirante y loca de viejas supersticiones”. Se niega la Atlántida, cuando no se la confunde con la Lemuria y otros continentes desaparecidos, porque la Lemuria es quizás, a medias, creación de la ciencia moderna, y por tanto, hay que creer en ella; mientras que la Atlántida de Platón es considerada como un sueño, por la mayoría de los científicos.

Los creyentes en Platón describen generalmente la Atlántida como una prolongación del África. Sospechase también que existió un viejo continente en la costa oriental. Pero el África, como continente, nunca formó parte de la Lemuria ni de la Atlántida, como hemos convenido en llamar al tercero y cuarto continentes. Sus nombres arcaicos jamás han sido mencionados en los Purânas ni en ninguna otra parte. Pero solo con que se posea una de las claves esotéricas, es tarea fácil identificar esas tierras desaparecidas con el sinnúmero de “Tierras de los Dioses”, Devas y Munis, descritas en los Purânas, en sus Varshas, Dvîpas y zonas. Su Shvetadvîpa, durante los primeros días de la Lemuria, se erigía como un pico gigante surgiendo del fondo del mar; y el área entre el Atlas y Madagascar estuvo ocupada por las aguas hasta el primer período de la Atlántida,

después de la desaparición de la Lemuria, cuando el África surgió del fondo del océano y el atlas se sumergió a medias.

Es, por supuesto, imposible intentar, ni aun en la cabida de varios volúmenes, una relación consecutiva y detallada de la evolución y progreso de las primeras tres razas; y nos limitaremos, por tanto, a exponer ahora una idea general del asunto. La raza primera no tuvo historia propia. De la raza segunda puede decirse lo mismo. Por tanto, tenemos que conceder cuidadosa atención solamente a los Lemures y Atlantes, antes de intentar la historia de nuestra propia raza: la quinta.

¿Qué es lo que se conoce de otros continentes, además del nuestro, y qué es lo que la historia conoce o acepta de las primeras razas? Todo lo que se encuentra fuera de las repulsivas especulaciones de la ciencia materialista se moteja con el término desdeñoso de “superstición”. Los sabios de hoy día no quieren creer en nada. ¡Las razas “aladas” y hermafroditas de Platón, y su Edad de Oro, bajo el reino de Saturno y los Dioses, son tranquilamente retrotraídas por Hæckel a su *nuevo* lugar en la naturaleza; nuestras razas divinas se muestran como descendientes de los monos catarrinos, y nuestro antecesor como un poco de “lodo del mar”!

Sin embargo, según se expresa Faber:

Las ficciones de la antigua poesía... se verá un día que encierran una parte de verdad histórica.

A pesar de los esfuerzos parciales del erudito autor de *A Dissertation on the Mysteries of the Cabiri* –esfuerzos dirigidos en sus dos volúmenes a obligar a los mitos y símbolos clásicos del antiguo paganismo “a que apoyen la verdad de la escritura”–, el tiempo y las investigaciones posteriores han vengado, al menos en parte, la “verdad”, presentándola desnuda. Así ha sucedido que las hábiles componendas de la escritura son las que han venido a evidenciar, por el contrario, la gran sabiduría del Paganismo Arcaico. Y esto

a pesar de la inextricable confusión en que fue puesta la verdad acerca de los Kabiri, los Dioses más misteriosos de la antigüedad, por las extrañas y contradictorias especulaciones del obispo de Cumberland, del doctor Shuckford, de Cudworth, de Vallancey, etc..., etc., y finalmente, de Faber. Sin embargo, todos estos sabios, desde el primero al último, llegaron a cierta conclusión, formulada por el último del modo siguiente:

No tenemos fundamento para creer que la idolatría del mundo de los gentiles fue una mera invención arbitraria; por el contrario, parece haber sido construida, casi universalmente, sobre recuerdos tradicionales de ciertos sucesos reales. Estos sucesos entiendo que son la destrucción de la primera [la cuarta, en la enseñanza esotérica] raza de la humanidad, por las aguas del diluvio²⁰.

A esto añade Faber:

Estoy convencido de que la tradición del hundimiento de la isla Flegia es la misma que la del hundimiento de la isla Atlántida. Ambas me parece que aluden a un gran suceso: al hundimiento del mundo entero bajo las aguas del diluvio, o al alzamiento del agua central, si suponemos que la bóveda de la tierra permaneció en su posición original. En efecto, M. Bailly, en su obra sobre los Atlantes de Platón, cuyo objeto es evidentemente depreciar la autoridad de la cronología bíblica, trata de probar que los Atlantes eran una nación del Norte, muy antigua y muy anterior a los indos, a los fenicios y a los egipcios²¹.

En esto está Faber de acuerdo con Bailly, quien se muestra más instruido y con más intuición que los que aceptan la cronología

²⁰ *Ob. cit.*, I, pág. 9.

²¹ *Ibid.*, II, págs. 283–284.

bíblica. Tampoco se equivocaba Bailly al decir que los Atlantes eran lo mismo que los titanes y gigantes²². Faber adopta tanto más gustoso la opinión de su cofrade francés cuanto que Bailly menciona a Cosme Indicoplesta, que conservaba una antigua tradición acerca de Noé, de que había «habitado en otro tiempo la isla Atlántida». Que esta isla sea la «Poseidonis» mencionada en el *Esoteric Buddhism* (8.^a edic., págs. 67, 73) o el continente de la Atlántida, importa poco. La tradición existe, registrada por un cristiano.

Ningún ocultista pensaría jamás en privar a Noé de sus prerrogativas, si se pretendiese que era un Atlante; pues esto demostraría sencillamente que los israelitas han repetido la historia del Manu Vaivasvata, de Xisuthros y tantos otros, y que solo han cambiado el nombre, lo cual podían hacer con el mismo derecho que cualquiera otra nación o tribu. A lo que nosotros nos oponemos es a la aceptación literal de la cronología bíblica, por ser absurda y estar en desacuerdo tanto con los antecedentes geológicos como con la razón. Por otra parte, si Noé era un Atlante, entonces era un titán, un gigante, como lo indica Faber; y si era un gigante, ¿entonces por qué no lo presentan como tal en el *Génesis*?²³.

El error de Bailly fue el rechazar la sumersión de la Atlántida, y llamar a los Atlantes, sencillamente, Nación del Norte y *postdiluviana*; la cual, sin embargo, floreció ciertamente, como él dice, antes de la fundación de los imperios indo, egipcio y fenicio. Si él hubiese conocido la existencia de lo que hemos convenido en llamar la Lemuria, hubiera tenido también razón en esto. Porque los Atlantes

22 Véanse sus *Lettres sur l'Atlantide*.

23 Esto lo indica también Faber, como cristiano piadoso, diciendo que: "A la familia de Noé le daban también... el nombre de Atlantes y Titanes; y al mismo gran patriarca le llaman, en sentido de eminencia, Atlas y Titán" (*Ibid.*, II, 285) Y si es así, entonces, con arreglo a la *Biblia*, Noé debió haber sido descendiente de los hijos de Dios, los Ángeles caídos, según la misma autoridad, y de las "hijas de los hombres que eran hermosas" (Véase *Génesis*, VI). ¿Y por qué no, puesto que su padre Lamech mató a un hombre, y fue, como todos sus hijos e hijas que perecieron en el diluvio, tan malo como el resto de la humanidad?

eran postdiluvianos respecto de los Lémures, y la Lemuria no fue sumergida como la Atlántida, sino que se hundió bajo las olas, debido a temblores de tierra y a fuegos subterráneos, como sucederá un día con la gran Bretaña y Europa. La ignorancia de nuestros hombres de ciencia es la que no quiere aceptar la tradición de que varios continentes se han hundido ya, ni la ley periódica que obra durante el Ciclo Manvantárico: esta ignorancia es la causa principal de toda la confusión. Tampoco se equivoca Bailly cuando nos asegura que los indos, egipcios y fenicios vinieron después que los Atlantes, pues estos pertenecían a la cuarta raza, mientras que los arios y su rama semítica son de la quinta. Platón, al paso que repite la historia según los sacerdotes de Egipto la refirieron a Solón, confunde intencionalmente (como lo hacía todo Iniciado) los dos continentes, y aplica a la pequeña isla que se hundió la última todos los sucesos pertenecientes a los dos enormes continentes: el prehistórico y el tradicional. Por tanto, describe la primera pareja, que pobló toda la isla, como habiendo sido formada de la tierra. Al decir esto, no quiere significar a Adán y Eva, ni tampoco a los antepasados helénicos. Su lenguaje es sencillamente alegórico, y al mencionar la “tierra” quiere significar la materia, pues los Atlantes fueron realmente la primera raza puramente humana y terrestre, toda vez que las que la precedieron eran más divinas y etéreas que humanas y sólidas.

Sin embargo, Platón debía conocer, como cualquier otro adepto iniciado, la historia de la tercera raza después de su “Caída”, aunque, obligado al silencio y al secreto, nunca demostró su conocimiento. Sin embargo, ahora sería más fácil hacerse cargo, después de conocer, aunque no sea más que la cronología aproximada de las naciones orientales –la cual se fundaba toda en los cálculos arios, por los cuales se guiaba–, para comprender los inmensos períodos de tiempo que han debido transcurrir después de la separación de los sexos, sin mencionar la primera raza-raíz, ni aun siquiera la segunda. Como estas tienen que quedar fuera de la comprensión de las mentes educadas en el pensamiento occidental, consideramos inútil hablar

detalladamente de la primera y segunda razas, y hasta del primer período de la tercera²⁴. Principiaremos, pues, por el período en que esta última alcanzó por completo el estado humano, para evitar así que el lector no iniciado se confunda y extravíe irremisiblemente.

La tercera raza cayó y no creó más; ella engendró su progenie. Como en la época de la separación estaba aún sin mente, engendró además una descendencia anómala, hasta que su naturaleza fisiológica ajustó sus instintos en la dirección debida. Lo mismo que los “señores–dioses” de la Biblia, los “hijos de la sabiduría”, los Dhyân Chohans, la habían prevenido de no tocar el fruto prohibido por la naturaleza; pero el aviso resultó inútil. Los hombres comprendieron lo impropio –no es preciso decir el pecado– de lo que habían hecho, solo cuando era demasiado tarde; después que las Mónadas angélicas de esferas superiores hubieron encarnado en ellos, dotándoles de entendimiento. Hasta aquel día habían permanecido sencillamente físicos, lo mismo que los animales generados por ellos. Porque ¿cuál es la distinción? La Doctrina enseña que la única diferencia entre los objetos animados e inanimados en la tierra, entre la estructura animal y la humana, es que en unos están latentes los diversos “fuegos”, y en otros son activos. Los fuegos vitales están en todas las cosas, y ni un átomo está privado de ellos. Pero ningún animal posee manifestados los tres “principios” superiores; solo se hallan sencillamente en estado potencial, latente, y por tanto, no existente. Y así estarían hoy día las formas animales de los hombres si hubiesen sido dejadas tales como salieron de los cuerpos de sus progenitores, cuyas sombras eran, para desenvolverse,

24 En el maravilloso volumen de Donnelly, *Atlantis, the Antediluvian World*, el autor, hablando de las colonias Arias de la Atlántida y de las artes y ciencias –legado de la cuarta raza–, declara valientemente que “los fundamentos de las instituciones de hoy día provienen de la Edad Miocena”. Esta es una enorme concesión para un sabio moderno; pero la civilización se remonta a un período aún más remoto que los Atlantes Miocenos. Llegará un día a descubrirse el hombre del período secundario y con él su civilización, por tanto, tiempo olvidado. (Véase cap. III, pág. 30).

desarrolladas únicamente por los poderes y fuerzas inmanentes en la materia. Pero, según se dice en el *Pymander*:

Este es un Misterio que hasta hoy estaba sellado y oculto. La naturaleza²⁵ mezclada con el hombre²⁶, produjo un milagro portentoso; la mezcla armónica dé la esencia de los siete [Pitris, o gobernadores] y la suya propia; el fuego, y el espíritu y la naturaleza [el Nómeno de la materia]; los cuales [mezclándose] produjeron siete hombres de sexos opuestos [negativo y positivo] con arreglo a las esencias de los siete gobernadores²⁷.

Así dice Hermes, el tres veces gran iniciado²⁸, el “poder del pensamiento divino”. San Pablo, otro iniciado, llamó a nuestro mundo “el espejo enigmático de la verdad pura”, y San Gregorio de Nacienceno corroboró a Hermes declarando que:

Las cosas visibles no son sino la sombra y delineación de cosas que no podemos ver.

25 La naturaleza es el cuerpo natural, la sombra de los progenitores.

26 El hombre es el “Hombre celeste”, como ya se ha dicho.

27 *The Divine Pymander*, I, pág. 16.

28 El *Pymander* de nuestros museos y bibliotecas es un compendio de uno de los Libros de Thoth, por un Platónico de Alejandría. Fue vuelto a arreglar en el siglo III con arreglo a antiguos manuscritos hebreos y fenicios, por un cabalista judío, y llamado el *Génesis de Enoc*. Pero hasta sus restos desfigurados muestran cuánto concuerdan estos textos con la Doctrina Arcaica, como se ve en la creación de los siete Creadores y siete Hombres Primitivos. En cuanto a Enoc, Thoth o Hermes, Orfeo y Cadmo, son todos nombres genéricos, ramas y retoños de los siete primordiales Sabios –Dhyân Chohans o Devas encarnados en cuerpos, ilusorios, no mortales– que enseñaron a la Humanidad todo lo que sabían, y cuyos primeros discípulos tomaron los nombres de sus Maestros. Esta costumbre pasó de la cuarta raza a la quinta. De aquí la igualdad de las tradiciones acerca de Hermes –los egiptólogos cuentan cinco de estos–, Enoc, etc.; todos ellos son inventores de letras; ninguno de ellos muere; viven todavía, y son los primeros Iniciadores y fundadores de los Misterios. Últimamente, fue cuando el *Génesis de Enoc* desapareció de entre los cabalistas. Guillermo Postel lo vio. Era ciertamente en gran parte una copia de los Libres de Hermes, y anterior a los Libros de Moisés, según Eliphaz Lévi dice a sus lectores.

Es esta una eterna combinación, y las imágenes se repiten desde el peldaño superior de la escala del ser hasta el inferior. La “caída de los ángeles” y la “guerra en los cielos” son repetidas en todos los planos; el “espejo” inferior desfigura la imagen del “espejo” superior, y cada uno lo repite a su modo. Así, los dogmas cristianos no son sino las reminiscencias de los paradigmas de Platón, quien hablaba de estas cosas con prudencia, como lo haría todo iniciado. Pero todo esto se halla expresado en estas pocas sentencias del *Desatir*:

Todo lo que hay en la tierra –dice el señor [Ormuzd]– es la sombra de algo que existe en las esferas superiores. Este objeto luminoso [luz, fuego, etc.] es la sombra de lo que es más luminoso aún que él, y así sucesivamente hasta que llega a mí, que soy la luz de las luces.

En los libros cabalísticos, principalmente en el *Zohar*, está muy pronunciada la idea de que todas las cosas objetivas de la tierra o de este universo son la “sombra” (Dyooknah) de la luz o Deidad eterna.

La tercera raza fue en un principio, de modo preeminente, la “sombra” brillante de los Dioses, a quienes la tradición destierra sobre la tierra después de la alegórica guerra en los cielos. Esta fue aún más alegórica en la tierra, pues fue la guerra entre el espíritu y la materia. Esta guerra durará hasta que el hombre interno y divino adapte su yo externo terrestre a su propia naturaleza espiritual. Hasta entonces las fieras y tenebrosas pasiones de ese yo estarán en lucha constante con su Maestro, el hombre divino. Pero el animal será domado un día, porque su naturaleza cambiará, y la armonía reinará una vez más entre los dos como antes de la “Caída”, cuando el mismo hombre mortal era “creado” por los elementos en lugar de nacer.

Lo anterior está claro en todas las grandes teogonías, principalmente en la griega, lo mismo que en la de Hesíodo. La mutilación

de Urano por su hijo Cronos, quien de este modo le condena a la impotencia, no ha sido comprendida nunca por los mitólogos modernos. Sin embargo, es muy clara, y como era universal²⁹, debe haber contenido una gran idea abstracta y filosófica, perdida ahora para nuestros sabios modernos. Este castigo de la alegoría, determina verdaderamente “un nuevo periodo, una segunda fase en el desarrollo de la creación”, como justamente observó Decharme³⁰, quien, sin embargo, no intenta explicarlo. Urano trató de poner un impedimento a ese desarrollo o evolución natural, destruyendo todos sus hijos tan pronto nacían. Urano, que personifica todos los poderes creadores del caos y en el caos –el espacio, o la Deidad no manifestada–, tiene, pues, que pagar el castigo; pues estos poderes son los que hacen que los Pitris desarrollen de sí mismos hombres primordiales, del mismo modo qué más adelante estos hombres desarrollan a su vez su pro genie, sin ningún sentido ni deseo de procrear. La obra de la generación, suspendida por un momento, pasa a manos de Cronos (Chronos), el tiempo³¹, el cual se une a Rhea (la

29 Urano es un Varuna modificado, el que “circuye al Universo”, el que “todo lo abarca”, y una de las Deidades védicas más antiguas –el Espacio, el hacedor del Cielo y de la Tierra–, puesto que ambos vinieron a la manifestación de su semilla. Más tarde fue cuando Varuna se convirtió en el jefe de los Adityas y en una especie de Neptuno, montado en el “Leviathán”–Makara, ahora el más sagrado y misterioso de los signos del Zodíaco–. Varuna, sin el cual “ninguna criatura puede ni aun pestañear”, fue degradado lo mismo que Urano, y como él cayó en la generación; pues sus funciones –“las funciones cósmicas más grandiosas”, como Muir las llama –fueron degradadas del Cielo a la Tierra, por el antropomorfismo esotérico. Según dice el mismo orientalista: “Los atributos y funciones atribuidos a Varuna [en los Vedas] dan a su carácter una elevación moral y una santidad que sobrepujan en mucho a las que se atribuyen a toda otra Deidad Védica”. Pero para comprender correctamente la causa de su caída, así como la de Urano, hay que ver en todas las religiones esotéricas la obra imperfecta y pecadora de la fantasía del hombre, y también estudiar los misterios que se dice que Varuna comunicó a Vasishta. Solamente que “sus secretos y los de Mitra no se deben revelar a los necios”.

30 *Mythologie de la Grèce Antique*, pág. 7.

31 Cronos no es solamente Coónoç, el Tiempo, sino que también, como demostró Bréal en su *Hercule et Cacus* (pág. 57), vicile de la raíz *kar*, “hacer, crear”. Pero que Bréal y Decharme, que lo citan, tengan igualmente razón al decir que, en los *Vedas*, Krānan (*Sic*) es un Dios creador, esto lo dudamos. Bréal quiso decir probablemente

tierra; y la materia en general, en el esoterismo), produciendo así Titanes celestes y terrestres. Todo este simbolismo se relaciona con los misterios de la evolución.

Esta alegoría es la versión esotérica de la Doctrina Secreta dada en esta parte de nuestra obra. Pues en Cronos vemos la misma historia repetida de nuevo. Así como Urano destruyó sus hijos con Gœa (que en el mundo de la manifestación es una con Aditi, o el gran Océano Cósmico), confinándolos al seno de la tierra, Titæa, así también Cronos, en este segundo período de la creación, destruyó sus hijos con Rhea, devorándolos. Esta es una alusión a los esfuerzos infructuosos de la tierra o naturaleza para crear, por sí sola, “hombres” realmente humanos³². El tiempo devora su propia obra inútil. Luego viene Zeus, Júpiter, que destrona a su vez a su padre³³. Júpiter, el Titán, es, en un sentido, Prometeo³⁴, y es distinto de Zeus, el gran “Padre de los Dioses”. Él es el “hijo irrespetuoso” en Hesíodo. Hermes le llama el “Hombre celeste” en el *Pymander*; y hasta en la Biblia se le ve también bajo el nombre de Adán, y más adelante, por transmutación, bajo el de Ham. Sin embargo, estas son todas personificaciones de los “Hijos de la sabiduría”. la confirmación necesaria de que Júpiter pertenece al Ciclo Atlante puramente humano –caso de que Urano y Cronos que le precedieron se crean insuficientes puede leerse en Hesíodo–, que nos dice que:

karma, o más bien Vishakarman, el Dios creador, el “omnifaciente” y el “gran arquitecto del mundo”.

- 32 Véanse Estancias III, X, y siguientes, y también la relación de Beroso de la creación primordial.
- 33 La lucha Titánica, en *Teogonía* al menos, es la lucha por la supremacía entre los hijos de Urano y Gæa (o el Cielo y la Tierra en su sentido abstracto), los titanes, contra los hijos de Cronos, cuyo jefe es Zeus. Es la lucha perdurable que continúa hasta hoy día entre el Hombre Espiritual interno y el hombre de carne, en un sentido.
- 34 Lo mismo que el “Señor Dios” o Jehovah, es Caín, esotéricamente, así como también la “serpiente tentadora”; la parte masculina de la Eva andrógina –antes de su “Caída”, la parte femenina de Adam Kadmon–, el lado izquierdo, o Binah, del lado derecho, Chokmah, en la primera Tríada Sephirothal.

Los Inmortales hicieron la raza de la Edad de Oro y de Plata [primera y segunda razas]; Júpiter hizo la generación de Bronce [una mezcla de dos elementos], la de los Héroes, y la de la Edad de Hierro³⁵.

Después de esto envía su fatal presente, Pandora, a Epimeteo³⁶. Hesíodo llama a este presente de la primera mujer, “un don fatal”. Fue un castigo, explica, enviado al hombre “por el robo del fuego [divino creador]”. la aparición de ella en la tierra es la señal de toda clase de males. Antes de que apareciese, las razas humanas vivían dichosas, libres de enfermedades y sufrimientos; así como a las mismas razas se las hace vivir bajo el gobierno de Yima, en el Vendidad mazdeísta.

Pueden encontrarse también dos diluvios en la tradición universal, comparando atentamente a Hesíodo, el *Rigveda*, el Zend Avesta, etc.: pero ningún primer hombre se menciona en ninguna Teogonía, salvo en la Biblia³⁷. En todas partes el hombre de nuestra raza aparece después de un cataclismo de agua. Después de esto, la tradición solo menciona los diversos continentes e islas que se hundieron bajo las olas del océano a su debido tiempo³⁸. Los Dioses y los mortales tienen un origen común, según Hesíodo³⁹; y Píndaro hace la misma declaración⁴⁰. Deucalión y Pirra, que se escaparon

35 Decharme, *ob. cit.*, pág. 284.

36 En la leyenda egipcia llamada los “Dos Hermanos», traducida por M. Maspero (el exdirector del Museo de Bulaq), se da el original de Pandora. Noom, el famoso artista celeste, crea una hermosura maravillosa, una joven que envía a Batoos, después de lo cual es destruida la felicidad de este último. Batoos es el hombre, y la joven Eva, por supuesto. (Véase *Revue Archéologique*, marzo, 1878, y también Decharme, *Ibid.*, pág. 285).

37 Yima no es el “primer hombre” en el *Vendidad*, sino solamente en las teorías de los orientalistas.

38 Se sumergió la Bœotia y después la antigua Atenas y Eleusis.

39 *Opera et Dies*, V, pág. 108.

40 *Nem.*, VI, I.

del diluvio construyendo un Arca como la de Noé⁴¹, piden a Júpiter que reanime la raza humana que había hecho perecer bajo las aguas de la inundación. En la mitología eslavona, todos los hombres se ahogaron, y solo quedaron dos ancianos, un hombre y su mujer. Entonces, Pram'zimas, el “amo de todo”, les aconsejó que saltasen siete veces sobre las rocas de la tierra, y nacieron siete razas (parejas) nuevas, de las que provienen las nueve tribus Lituanias⁴². Como lo comprendió bien el autor de *Mithologie de la Grèce Antique*, las cuatro edades significan períodos de tiempo, y son también una alusión alegórica a las razas. Según él, dice:

Las razas sucesivas, destruidas y reemplazadas por otras, sin período de transición alguno, son caracterizadas en Grecia por el nombre de los metales, para expresar su valor siempre decreciente. El oro, el más brillante y precioso de todos, símbolo de esplendor..., califica la primera raza... Los hombres de la segunda raza, los de la Edad de Plata, son ya muy inferiores a los de la primera. Criaturas inertes y débiles, toda su vida no es más que una infancia larga y estúpida... Desaparecen... Los hombres de la Edad de Bronce son robustos y violentos [la tercera raza]..., su fuerza es extremada. “Tenían armas de bronce, habitaciones de bronce; no usaban más que el bronce. El hierro, el metal negro, no era aún conocido”⁴³. la cuarta raza es, según Hesíodo, la de los héroes que cayeron ante Tebas⁴⁴. O bajo las murallas de Troya⁴⁵.

De modo que, como se encuentran las cuatro razas mencionadas por los poetas griegos más antiguos, aunque de un modo muy

41 Véase *Apollod.*, I, 7, 2; y Ovidio, *Metam.*, I, pág. 260 y sig.

42 *Deutsche Mythol.*, I, pág. 545, 3.^a ed., y Hanusch, *Slawische Mythol.*, pág. 235. Véase Decharme, *ibid.*, pág. 288, que da “nueve veces” y no siete.

43 Hesíodo, *Opera et Dies*, págs. 143-155.

44 Véase Esquilo, *Septem contra Thebas*.

45 Decharme, *ibid.*, págs. 289, 290.

confuso y anacrónico, nuestras doctrinas se ven, una vez más, corroboradas en los clásicos. Pero todo esto es “mitología” y poesía. ¿Qué puede la ciencia moderna decir, ante tales euhemerizaciones de antiguas ficciones? El veredicto no es difícil de prever. Por tanto, hay que tratar de contestar anticipadamente, y probar que en el dominio de esta misma ciencia hay tanta parte constituida por ficciones y especulaciones empíricas, que ningún hombre de saber tiene el menor derecho, con una viga tan pesada en su propio ojo, a señalar la paja en el ojo del ocultista, aun suponiendo que esta paja sea tal y no una invención de su propia fantasía.

